

Educación y cultura humanista, del Ateneo mexicano a nuestro sistema educativo

Tatiana Suárez Turriza
José Luís Canto Ramírez

Educación y cultura humanista, del Ateneo mexicano a nuestro sistema educativo
Tatiana Suárez Turriza, José Luis Canto Ramírez

Primera edición, enero de 2021

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco
núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200, Ciudad de México
www.upn.mx

Esta obra fue dictaminada por pares académicos.

ISBN OBRA COMPLETA: 978-607-413-337-0

ISBN VOLUMEN: 978-607-413-357-8

LC1024
M4
S2.4

Suárez Turriza, Tatiana

Educación y cultura humanista, del Ateneo mexicano
a nuestro sistema educativo / Tatiana Suárez Turriza,
José Luis Canto Ramírez.- México : UPN, 2021.

1 texto electrónico (28 p.) : 600 Kb.; archivo PDF

ISBN OBRA COMPLETA: 978-607-413-337-0

ISBN VOLUMEN: 978-607-413-357-8

1. Educación humanística I. Canto Ramírez,
José Luis, coaut.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

HECHO EN MÉXICO.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
EL MODERNISMO: PRIMEROS SÍNTOMAS DEL MALESTAR ANTE LA EDUCACIÓN POSITIVISTA.....	7
LA REVUELTA CULTURAL Y EL RESCATE DE LOS IDEALES DEL HUMANISMO.....	12
LA REVOLUCIÓN EDUCATIVA DESDE EL PODER: HUMANIDADES Y CIENCIA PARA EL PROGRESO.....	17
LAS HUMANIDADES EN NUESTRO SISTEMA EDUCATIVO ACTUAL: REFLEXIONES.....	20
Conclusiones.....	20
REFERENCIAS.....	25

EDUCACIÓN Y CULTURA HUMANISTA, DEL ATENEO MEXICANO A NUESTRO SISTEMA EDUCATIVO

Tatiana Suárez Turriza
*José Luis Canto Ramírez**

INTRODUCCIÓN

A principios del siglo xx, un grupo de jóvenes estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, liderados por el ilustre maestro campechano Justo Sierra, inició una revolución intelectual que dirigió el rumbo educativo y cultural del país. Esos jóvenes intelectuales conformarían más tarde la asociación del Ateneo de México. Entre sus integrantes renombrados se encontraban José Vasconcelos (después secretario de Educación Pública), los escritores Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, los ensayistas Max y Pedro Henríquez Ureña, el poeta Rafael López, el filósofo Antonio Caso, el pintor Diego Rivera. Esa generación se distinguió por una profunda preocupación educativa que impulsó su ferviente activismo político y

* Profesores e investigadores de tiempo completo de la UPN, Unidad 041 María Lavalle Urbina, Campeche, Campeche. Contacto: tatianne679@hotmail.com y cantoramirez@yahoo.com.mx

social. En la propuesta educativa que llevaron a cabo destaca el rescate decisivo de las humanidades como parte fundamental del proyecto educativo mexicano.

A un siglo de distancia, nos encontramos de nuevo en el centro de un cambio educativo, marcado por reformas y transformaciones de modelos pedagógicos. Nuestro presente no puede entenderse de manera cabal sino a la luz de nuestro pasado, por eso nos parece importante recordar la enseñanza y los logros de aquellos intelectuales mexicanos, para poder comprender y discutir la importancia de las humanidades en nuestro sistema educativo actual.

La revuelta cultural ateneísta tenía como ideales una amplia libertad y excelencia del arte; su labor cultural no se ceñía a ningún programa, rechazaba todo pensamiento sectario. Los ateneístas proponían, a su manera, una educación integral –que es también el ideal de nuestro actual sistema educativo, aunque en términos distintos, adecuados a nuestro contexto. Los intelectuales mexicanos liderados por Vasconcelos pugnarón porque no se desterrase de la enseñanza en las aulas ninguno de los ámbitos de manifestación cultural y humanística: literatura, arte, filosofía, historia, ética.

Los ateneístas empezaron por dejar en claro su distancia frente a la llamada generación azul o modernista, que los antecedió, la generación de sus maestros o mentores. Así lo expresaron en su *Protesta Literaria*, una suerte de manifiesto que publicaron en *El Diario* el 8 de abril de 1907: “Somos modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocablo, esto es: constantes evolucionadores, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y, en una palabra, hijos de nuestra época y nuestro siglo” (Conferencias, 2000, p. 336). Alfonso Reyes expresa de manera puntual la diferencia que marca a su generación respecto de la modernista: “...una preocupación educativa y social. Este sólo rasgo la distingue de la literatura anterior, la *brillante* generación del Modernismo, que –esa sí– soñó todavía con la torre de marfil” (p. 184).

EL MODERNISMO: PRIMEROS SÍNTOMAS DEL MALESTAR ANTE LA EDUCACIÓN POSITIVISTA

Las ideas de revolución cultural y educativa de los ateneístas tienen su origen, paradójicamente, en los terrenos disipados que edificaron los escritores modernistas mexicanos. En la obra de éstos, asoma ya una ligera crítica, un tono de inconformidad respecto a la realidad circundante, al tiempo y al ambiente que les tocó vivir: la época del progreso porfirista.

Entre los maestros que educaron a los jóvenes ateneístas en la Escuela Nacional Preparatoria se encontraban Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez, Porfirio Parra, José María Vigil, Pablo Macedo, Enrique González Martínez y Luis Urbina; algunos de ellos, como Sierra, González Martínez y Urbina, fueron escritores fundamentales del modernismo. En sus cátedras, animaban a sus alumnos, con su docencia y su obra, a cuestionar la educación positivista y la *idea de progreso* del régimen.

Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre la generación modernista y la del Ateneo: el activismo social y político. En tanto que los escritores e intelectuales modernistas se refugiaron en la bohemia, en *los paraísos artificiales*, para contrarrestar el malestar que los aquejaba a causa de la educación positivista, los ateneístas decidieron hacer frente a ese malestar cultural y educativo, e intentaron cambiar el rumbo de lo establecido, en el terreno de lo social y lo político.

Los mismos ateneístas marcaron sus límites respecto a sus maestros modernistas, pero no dejaron de reconocer su deuda con ellos, su entraña socialmente rebelde, aunque esta no pasara de la experimentación verbal y el desafío moral. Para entender la fuerza y el sentido de la revuelta cultural y educativa de los intelectuales del Ateneo mexicano, a principios del siglo xx, resulta necesario remontarse a sus orígenes en los últimos años del siglo xix, en el llamado *fin de siglo*; es decir, el germen de la rebeldía ateneísta se puede rastrear en el malestar cultural que expresaron los escritores modernistas a través de su obra y de sus cátedras pedagógicas. Veamos.

Más allá de la deslumbradora máscara de progreso de la ciudad capitalina durante el porfiriato, existía una realidad que contrarrestaba la idea

de prosperidad, una realidad aplastante: la de la extrema pobreza e ignorancia en la cual se encontraban sumergidos los sectores sociales no burgueses. Esta era la *otra* cara de la *belle époque*, no sólo podía percibirse en el ámbito rural, donde la explotación de los campesinos en las haciendas era prueba fehaciente de la falsedad de la idea de libertad y bienestar, sino también en algunos rincones de la ciudad, en calles y colonias infestadas de miseria, donde se respiraba una atmósfera de degradación.

La antítesis se extendía a diversos planos de la vida cotidiana. Hallamos en el fin de siglo mexicano la coexistencia de realidades contrastantes y de sistemas de valores antagónicos. La visión positivista que proclamaba a la ciencia como paradigma de saber y conducta, la cual actuaba sobre todo en las minorías, convivía con la visión mítico-religiosa que imperaba en las zonas rurales y que, a pesar del auge del cientificismo, continuaba arraigada en el espíritu de la mayoría de los mexicanos. Resulta obvio que a un pueblo como el nuestro, criado en la superstición y las creencias religiosas, le fuese difícil conciliar nuestro atávico sentimiento religioso con la nueva visión racionalista.

Es interesante saber que si bien los preceptos católicos eran claramente contrarios a las ideas positivistas que sustentaba el gobierno, la Iglesia, cuyo poder político había sido menguado por Juárez, se vio paradójicamente fortalecida durante el porfiriato. La religión católica convivía con el positivismo, aunque de manera inestable. El antagonismo entre ciencia y religión no representaba para todos un conflicto, pues había para quienes el declararse positivista no impedía el cumplir con los preceptos católicos; esto sucedía con frecuencia entre los altos funcionarios del gabinete porfirista. Para los escritores modernistas este signo contradictorio de su tiempo representó un verdadero malestar, un estado de crisis espiritual. Al tener la oportunidad de viajar a Europa, algunos intelectuales, en particular los escritores modernistas, se contagiaron del desencanto respecto a la filosofía positivista que se respiraba en algunos círculos intelectuales de aquel continente. Dicho de otro modo, la estadía en países como Francia ayudó a algunos intelectuales mexicanos a entender que algo no funcionaba bien en aquella quimérica capital de don Porfirio; que el sueño

de progreso creado por el positivismo y su promesa de éxito absoluto era un engaño, pues pretendía ignorar la situación trágica que lo sustentaba.

La *belle époque* tenía un lado sombrío, el intelectual y escritor modernista así lo entendió y, frente a la actitud positivista, asumió un espíritu decadente cuyos síntomas fueron la abulia, el hastío, la hiperestesia; se formó una visión trágica del fin de siglo, o más bien del progreso, en tanto que percibió en él la degradación de lo humano, de lo espiritual, así como un angustiante sentimiento de orfandad religiosa, falta de fe, incertidumbre. Amado Nervo, entre otros escritores, subrayó en varias ocasiones estos aspectos sórdidos del progreso:

¡Oh Progreso, eres luz! ¿Por qué no llena
tu fulgor mi conciencia? Tengo miedo
a la duda terrible que envenena;
y me miras rodar sobre la arena
¡y, cual hosco vestal, bajas el dedo!

¡Oh Siglo decadente; que te jactas
de poseer la verdad; tú que haces gala
de que con Dios y con la muerte pactas,
devuélveme mi fe, yo soy un Chactas
que acaricia el cadáver de su Atala...!
(Nervo, 1978, p. 1328)

La visión utilitarista del mundo de ese fin de siglo afectaba directamente la situación social privilegiada de la que habían gozado los artistas, filósofos, y escritores en general. Ser poeta, lo mismo que dedicarse al estudio de algunas ramas de las humanidades –literatura y filosofía, entre otras– y del arte, desde la óptica del sistema materialista, se asumía como un signo de *ociosidad*. Así lo explica Ángel Rama:

En las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, en ese periodo propiamente modernista que se cierra en 1910, no hay sitio para el poeta en la

sociedad utilitaria que se ha instaurado. La imagen que de él se construyó en el uso público fue la del vagabundo, la del insocial, la del hombre entregado a borracheras y orgías, la del neurasténico y desequilibrado, la del droguista, la del esteta delicado e incapaz, en una palabra –y es la más fea del momento– la del improductivo (Perus, 1992, p. 49).

En ese fin de siglo XIX, signado por un creciente malestar, los intelectuales se plantearon cuál era la función del arte, de las humanidades, a la luz de la modernidad, es decir, en un mundo donde la materia había declarado una supremacía absoluta sobre lo espiritual.

Como corriente de pensamiento, además de estética, el modernismo se perfiló como el antagonista ideológico del positivismo; expresó una evidente hostilidad al *materialismo*, ya que éste resumía, como apunta Francoise Perus, “el pragmatismo y el hambre de lucro de una burguesía fundamentalmente inculta, ante la cual, ellos [los modernistas] se erigían como guardianes del ideal y de la belleza eternas” (Perus 1992, p. 53).

La actitud modernista fue parte de esa sutil y complicada reacción contra el positivismo que se suscitó en el mundo capitalista a fines de siglo. Como ha señalado Francoise Perus

el modernismo es parte de una ‘crisis espiritual’ mundial, en la medida y en el grado en que la expansión imperial de las potencias industrialistas europeas va modelando a los países del continente con las formas económicas y sociales de su organización capitalista (Perus, 1992, p. 53).

Podría decirse que fue la versión latinoamericana de esa rebelión, en la cual se conjugaron los ideales de una sociedad cansada de la aridez del pensamiento materialista de la burguesía, y que, para contrarrestarlo, pugnó por hacer renacer el interés por lo espiritual y lo humanístico, se volcó hacia las creencias antiguas, buscó el contacto con culturas exóticas, como las orientales, o bien, con las culturas originarias, y mostró un profundo interés por los fenómenos metapsíquicos.

Los escritores modernistas se sintieron cada vez más desencantados de la ciencia, propuesta por el positivismo como única vía de conocimiento verdadero, en tanto que no aclaraba sus inquietudes esenciales. En efecto, la ciencia, que había desacreditado la visión metafísica, religiosa, sobre el mundo y el hombre, podía modificar el universo, pero no podía comprenderlo ni explicarlo en su totalidad. Mientras tanto, hombres de sensibilidad exacerbada, como lo fueron los escritores modernistas, se sentían abismados en una irremediable incertidumbre, continuaban interrogándose sobre cuestiones de índole filosófica o metafísica que más tarde ocuparán un lugar primordial entre las preocupaciones educativas de la generación del Ateneo.

Si bien el modernismo, en voz de sus mismos forjadores, se definió en un principio como una corriente estética e ideológica *del progreso*, que emulaba los ideales modernos, algunas de sus tendencias contravenían el paradigma positivista en el cual se cimentaba el concepto de *progreso*. De ahí el sentido ambiguo, el halo ambivalente atribuido al modernismo. Los modernistas buscaban conseguir en el arte lo que la doctrina positivista y científica, personificada por el régimen de Porfirio Díaz en nuestro país, había hecho en un plano político y administrativo. Su misión era, por lo tanto, de miras progresistas; consistía, según Tablada, en “procurar el adelanto del arte y la propia cultura intelectual” (Valdés, 1987, p. xx); ideal que adquirirá forma más concreta y se materializará con la labor social y educativa de los ateneístas. De ese modo, los artistas e intelectuales humanistas creían haber encontrado su lugar en el llamado *Paraíso burgués*, el cual pretendía desterrarlos por *inútiles* o económicamente improductivos desde su perspectiva utilitarista.

En su doble discurso, el modernismo, a pesar de que por una parte se autodenominase como una corriente *del progreso*, emprendió una cruzada para la revaloración de la trascendencia de las cuestiones metafísicas, del arte y de la religión, representaba una forma de combatir la ideología burguesa, la cual, con su visión utilitaria del mundo, había degradado la condición social del humanista, del artista, del intelectual.

Hasta aquí el análisis del nacimiento de la reacción modernista frente al positivismo en su interpretación porfiriana. Creemos haber comproba-

do que la actitud socialmente rebelde de los ateneístas tiene sus raíces en las enseñanzas de la generación que los antecede. Ahora veamos cómo los ateneístas, a través de su labor, comienzan a dar forma concreta a esta crítica contra el régimen y la filosofía que lo sustentaba, el positivismo.

LA REVUELTA CULTURAL Y EL RESCATE DE LOS IDEALES DEL HUMANISMO

El primer paso de la revuelta cultural ateneísta puede rastrearse en la fundación, en marzo de 1906, de la revista *Savia Moderna*, aunque es de mencionar que muchos de los ateneístas continuaron colaborando en otra revista de raigambre netamente modernista: *Revista Moderna*. La revista de los fundadores del Ateneo se distinguía, según sus propios editores lo expresaron en un manifiesto llamado *En el umbral*, como una publicación que tenía por ideales una *amplia libertad, la excelsitud del arte*; es decir, en su labor cultural, le salía sobrando todo programa, todo pensamiento sectario. Se daba preponderancia a las obras antes que a las doctrinas, empero tolerante e integradora. Así lo demuestra el hecho de que en sus páginas se diera cabida a todos los ámbitos de la cultura o el arte: pintura, literatura, escultura, fotografía, entre otros. Al ir más allá del dominio literario, al dar importancia a todos los ámbitos de manifestación cultural en sus páginas, *Savia Moderna* anuncia lo que vendrá después de ella: movilización en aras de una nueva cultura, antioficial, que se crea a sí misma –con las inevitables contaminaciones de la situación política– (Curiel, 1999, p. 78). La lista de los colaboradores de *Savia Moderna*, basta para corroborar que es esta publicación la que anticipa al Ateneo: Max y Pedro Henríquez Ureña, Rafael López, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Luis Castillo Ledón, Alfonso Cravioto, Argüelles Bringas, Diego Rivera (quien ilustró varias de las portadas de la revista), Ricardo Gómez Robelo, y mucho más.

Savia Moderna tuvo corta vida: tras la publicación del número 5, la revista desaparece. Sin embargo, su presencia fue definitiva; fue el principio del arribo del grupo ateneísta al ámbito público; constituyó la pri-

mera fase de la revuelta que ya encaminada daría su segundo paso: *La Sociedad de Conferencias*.

En *Pasado Inmediato*, Alfonso Reyes da cuenta de la manera como se inició la fundación de la Sociedad de Conferencias, por el mismo grupo de jóvenes reunidos en torno de *Savia Moderna*; pero lo más importante, a nuestra consideración, es que de sus palabras se desprende ya una idea que va a definir al Ateneo: su contacto directo con la sociedad; aún más, su deseo de extender su acción al ámbito social, que más tarde, cuando el Ateneo (ya de México) se adhiera al régimen con Madero, y sus integrantes se apoderen de los institutos educativos, tomará forma concreta. Reyes escribe:

El viaje a Europa de Cravioto dio fin a la *Savia Moderna*. Acevedo nos congregó en su taller y fundamos la Sociedad de Conferencias, para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos [...] Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco (*Conferencias*, 2000, p. 91).

La revuelta educativa y cultural arrancó con una serie de conferencias abiertas que versaban sobre temas olvidados o marginados por el régimen positivista. Como carta de desafío al *establishment*, en sus conferencias públicas discutieron cuestiones filosóficas, artísticas, incluso metafísicas, y expusieron el resultado de sus lecturas de libros desterrados por el sistema educativo positivista. En su esfuerzo por liberarse de la atadura positivista, la juventud ateneísta acudió a aquellos autores que el sistema educativo oficial había condenado, a las doctrinas proscritas de las aulas de enseñanza. Aspiraban con avidez intelectual a respirar una cultura más amplia que aquella a la que el sistema pretendía constreñir su pensamiento: el aire de los grandes clásicos del pensamiento, y de nuestras tradiciones hispanoamericanas y vernáculas; inspirar con sus meditaciones presentadas al público, propagar en el país, sumido en el estancamiento, el amor a las ideas nuevas y nobles (Hernández, 1962, p. 7). De manera paradójica, la actitud rebelde de los ateneístas la inspiraron algunos de sus maestros

hondamente comprometidos con el régimen. El más sobresaliente entre ellos fue, sin duda, el ilustre campechano don Justo Sierra, quien en su cátedra de historia condujo a sus alumnos del escepticismo positivista al terreno del arte y las humanidades. En los escritos de Justo Sierra sobre la Historia, los jóvenes encontraron, entre líneas, sugerencias audaces que apuntalaban una crítica aguda al positivismo mexicano. De ahí que José Vasconcelos declarara que su generación debe a Justo Sierra “la conciencia definitiva de su propio momento”; y describiera su influencia anti positivista de la siguiente manera:

A los entusiasmos comtistas opuso la fina ironía y la elevación de su pensamiento. Al público ilustrado siempre repitió en sus memorables discursos que la ciencia está muy lejos de ser lo indiscutible, pues sus mismos principios son materia constante de debate, y aún suponiéndola fija y perfecta, ella no es otra cosa que la disciplina y el conocimiento de lo relativo y nada dice sobre los objetos en sí mismos (Vasconcelos, 1962, p. 120).

En 1908, en la serie de conferencias en homenaje a Gabino Barreda, el discurso pronunciado por Justo Sierra asombró por su audacia; en él apuntaló su crítica al positivismo entendido a la manera porfirista:

En efecto, si la verdadera ciencia es el conocimiento sistemático de lo relativo, ¿cómo concebirla sino en perpetua evolución, discusión, lucha? En otras palabras: ¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido en el terreno científico, o no se discute en este momento? (Sierra, 1948, p. 151).

Palabras como *lucha*, *discusión*, pero sobre todo *evolución*, fueron sin duda, bofetadas para los *pacíficos* y *estáticos* porfiristas y positivistas. La ciencia no es símbolo de paz, afirma Sierra. Su discurso contravenía la idea de estabilidad porfirista, al sugerir que era necesario el cambio y la evolución. Aún más, el Secretario de Educación del régimen se atrevió a destronar al positivismo, lo bajó de su altar al ubicarlo como uno más de los diversos sistemas de pensamiento. El positivismo, afirmó, no es la única vía de acceso a *la verdad*:

El positivismo, al igual que el espiritualismo y el materialismo; o que el agnosticismo; o que el pragmatismo, informaba uno de los tantos edificios de ideas, alzados sobre las ciencias; moles que, al intentar explicar el universo y el destino del hombre, han tomado en los sistemas metafísicos todos los aspectos y han servido de fortaleza y reparo a todas las pasiones (Sierra, 1948, p. 152).

Más audacias: Sierra citó en su discurso a Nietzsche e invocó ese mar ignoto, ese terreno más allá de las certidumbres positivas, los terrenos de la filosofía, de la literatura, de la metafísica: las humanidades.

El homenaje lo organizaron los jóvenes de la Sociedad de Conferencias, dirigidos por Justo Sierra, en respuesta a la polémica suscitada a raíz de la crítica pública que hiciera el doctor Francisco Vázquez Gómez –ligado de manera cercana a los grupos católicos– al sistema educativo positivista que se impartía en la Escuela Nacional Preparatoria. Acusaba que la enseñanza científico-positivista, fundamentada en filosofía y pedagogía de Barreda, era ajena a los valores católicos, por tanto, era la causa principal de la decadencia moral de las nuevas generaciones, además la culpaba del incremento en el índice de suicidios entre jóvenes. Ante esta crítica, los jóvenes intelectuales, liderados por Sierra Méndez, decidieron convocar a un congreso en el que comentarían sobre los programas educativos vigentes. Lo disfrazaron de un “homenaje a Gabino Barreda”, para que acudieran los altos funcionarios del sistema político y educativo del país, entre ellos, el mismo presidente Porfirio Díaz.

En los testimonios de algunos de los jóvenes ateneístas organizadores del “homenaje” a Barreda, sobre lo sucedido aquella noche de 1908, puede corroborarse la ambivalencia que privó en los discursos pronunciados en supuesto *honor* al positivismo del porfiriato. Ciertamente es necesario aclarar, que más que a la filosofía positivista como la concibió Barreda, el blanco general de la crítica fue el régimen. Pedro Henríquez Ureña escribe: “el *clou* de la fiesta lo constituyeron dos sensacionales discursos políticos, en los cuales Barreda figuró poco, pero recibieron du-

ros ataques sus discípulos como falsificadores de su obra” (*Conferencias*, 2000, p. 155).

Alfonso Reyes apunta también el rumbo sorpresivo que tomaron las conferencias: “Sin cálculo previo, los discursos resultaron algo así como la expresión de una conciencia pública emancipada”. Más aún: en “el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución”. Nos parece un tanto aventurada la afirmación de Reyes en lo que respecta al amanecer de la Revolución; pero lo cierto es que el criterio antipositivista que se fraguaba en los espíritus de los jóvenes ateneístas, alumnos muchos de ellos de Sierra, esa noche debió haberse acentuado.

Ciertamente, es pertinente cuestionar, como lo plantea Gabriel Zaid, ¿Cómo es posible que un homenaje al positivismo pase a la historia como su ataque? (1997, p. 19). Acaso la respuesta la encontremos en la idea siguiente: más sutil resultó organizar un homenaje *ambivalente* a Barreda, sin proclamar abiertamente el derecho sucesorio: los herederos de la Escuela Nacional Preparatoria somos nosotros –los jóvenes ateneístas– “no las momias del positivismo”.

Con admirable audacia intelectual, los jóvenes aprovecharon ese “homenaje” para denunciar en sus discursos que se había desvirtuado el verdadero espíritu y sentido de la doctrina pedagógica de Gabino Barreda. Es decir, ese homenaje les permitió, por una parte, defender la laicidad del sistema educativo en el que eran educados, y por otra, demostrar que ciertamente hacía falta la renovación de ese sistema, pero no bajo los paradigmas religiosos o católicos que proponía don Francisco Vázquez. Para los ateneístas, la renovación involucraba la recuperación del sentido humanista de la educación, sin contravenir los ideales científicistas. Su inconformidad contra la estrechez del positivismo fue su cualidad más notable. Al darwinismo social opusieron el libre albedrío y el sentimiento de responsabilidad humana que debe presidir la conducta individual y colectiva; ante el fetichismo de la ciencia, antepusieron la investigación de los primeros principios, la búsqueda de las primeras causas de la vida y el mundo; a la actitud de circunscribir la investigación a los hechos positivos, la necesidad de volver a las fuentes puras de la filosofía, de las humanidades.

Martín Luis Guzmán, uno de los miembros iniciales de la asociación, describe de la siguiente manera el criterio que, a su parecer, homogeneizaba al grupo:

El grupo del Ateneo caracterizase por una cualidad de valor inicial indiscutible: la seriedad. La seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; [...] el convencimiento de que ni la filosofía, ni el arte, ni las letras son mero pasatiempo o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquiera otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo (Guzmán, 1920, pp. 48-49).

LA REVOLUCIÓN EDUCATIVA DESDE EL PODER: HUMANIDADES Y CIENCIA PARA EL PROGRESO

Con el gobierno de Francisco I. Madero, los intelectuales del Ateneo se incorporan al sistema político dirigente. Bajo la dirección de José Vasconcelos, como secretario de Educación y Cultura, la agrupación se convirtió en una institución nacionalista que aglutinó a un impresionante número de intelectuales y artistas, con una tarea específica: *la rehabilitación del pensamiento de la raza*. Incorporados al medio oficial, los ateneístas mantuvieron como propósito el trabajar en pro de la cultura intelectual y artística. Imprimieron a sus actividades una más acentuada orientación humanista a favor de la educación del pueblo, creando con este objeto la *Universidad Popular Mexicana*. Esta universidad es la que cifra la autonomía cultural del ateneísmo. Nace con el propósito de fomentar y desarrollar la cultura del pueblo mexicano, en especial la de los sindicatos obreros. Inicia actividades en 1912, mismas que perduran hasta aproximadamente 1920, en que Vasconcelos la incorporó como extensión de divulgación a la Universidad Nacional, cuando era rector. La Universidad Popular de México (UPM) se propuso la educación de los obreros y de

todos los adultos que lo desearan, a través de cursos y conferencias que gratuitamente darían los miembros del ateneo, además de conciertos, lecturas y otras actividades. Los del Ateneo de México organizan una serie de conferencias que, a la par de las dedicadas al desarrollo de la *alta cultura*, se proponen educar al pueblo. En ellas se abordan diferentes temas de interés para las clases populares, que van desde ponencias sobre literatura hasta lecciones de taquigrafía y ortografía.

Así la UPM fundó la mística de la educación para el pueblo, socorrida bandera de los gobiernos posrevolucionarios, y agrupó en un *establishment* nacionalista a los intelectuales y artistas de la época. Configuró, asimismo, la imagen de una cultura mexicana como un movimiento anticolonialista, bolivariano, un poco indigenista. Huelga decir que la labor de los ateneístas en la UPM forma parte integral de su lucha por cambiar una de las bases ideales de la nación mexicana: la educación. Afán característico que, como se ha señalado, se manifiesta en dos direcciones: la cultura popular y la alta cultura. Los ateneístas, para lograr este cometido contaba con otro frente además de la UPM, nos referimos a la Universidad Nacional, donde se proponen el regreso de la filosofía y la reforma humanista.

Algunos estudiosos han puesto en tela de juicio la labor educativa de los ateneístas a través de la UPM. Carlos Monsiváis, por ejemplo, opina que “La UPM fundada por los ateneístas es un intento de difundir, para ganar adeptos, una cultura elitista” (1985, p. 78). Así, este autor pretende desmitificar la idea de una sincera preocupación educativa de los ateneístas por el desarrollo de la cultura popular. Sin embargo, *sincera o no*, “la Universidad Popular de México es una de las primeras incursiones de la Revolución en el mundo cultural de la ciudad” (Krauze, 1999, p. 56).

A la par de la apertura política que proponía Madero, los ateneístas pugnaron por una libertad cultural. Consideramos que tan sólo el recuento de sus acciones en el ámbito educativo, más allá del sentido ambiguo que estas puedan acusar, bastan para corroborar ese interés. De ahí acaso su influencia en las promociones revolucionarias posteriores, como la de 1915, por ejemplo.

Poner en primer orden, junto a los ámbitos de estudio de carácter científico, a las humanidades, es uno de los aportes más importantes que nos legaron los ateneístas. Más aún, el concebir a los estudios humanísticos como una profesión seria, que debe ser remunerada, y no sólo como mero ocio, se debe, en gran medida, al esfuerzo de aquella generación. Aunque, ciertamente, es preciso reconocer que si bien ellos comenzaron a surcar el sendero, todavía resta mucho por hacer para que nuestra sociedad mire con su justo valor y seriedad, que no consideramos poco, la labor de los humanistas y reconozca los importantes aportes que estos estudios otorgan al desarrollo no sólo cultural de un país, sino también en el ámbito político e incluso económico. Así parecía advertirlo Henríquez Ureña cuando luchó por incluir a las humanidades en el programa de enseñanza de la Escuela de Altos Estudios, o en la Escuela Nacional Preparatoria. Para Henríquez Ureña las humanidades forman, para el país,

un viejo timbre de honor; ellas son mucho más que el mero esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo; lo suyo es la perfección humana. Las Humanidades han de ejercer un influjo sutil, espiritual en la reconstrucción que espera México" (*Conferencias*, 2000, p. 157).

El solo recuento de las lecturas que formaron a los jóvenes ateneístas habla del sentimiento humanista que los inspiraba, de las raíces de su criterio antipositivista. Éstas fueron, como lo reconoce Vasconcelos, las de Platón, Shopenhauer, Kant, Boutroux, Eucken, Bergson, Poincaré, William James, Wundt, Nietzsche, Shiller, Lessing, Winkelmann, Taine, Ruskin, Wilde, Menéndez Pelayo, Croce y Hegel. A partir de estas lecturas meditaban sobre el problema del conocimiento, llegando a la conclusión de que la ciencia, o lo que ellos concebían como percepción, es sólo uno de sus factores; ganaba así cada vez más terreno la Metafísica en su pensamiento; la *Crítica de la razón pura* se convirtió en su libro de cabecera; la revelación de Kant produjo en ellos la liberación perenne de todo empirismo. A través de Nietzsche se plantearon de nuevo el problema estético.

Existe en los ateneístas también una preocupación por lo mexicano y lo hispanoamericano; aunque no se puede dejar de reconocer ciertos bemoles que matizan esta tendencia, sobre todo, si se tiene en cuenta la actitud de desprecio de algunos del grupo, como Vasconcelos, hacia la población indígena –no hacia la tradición indígena, como pasado idealizado, más sí hacia los indígenas de su tiempo, a los *reales*–. Pero lo cierto es que los ateneístas dejaron de inspirarse sólo en la tradición de las academias europeas para nutrir su genio y creatividad en la contemplación de las grandes creaciones y la observación del libre juego de las tendencias nuevas, con el fin de prepararse para descubrir todo lo que daba de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.

Hasta aquí la remembranza de la defensa de las humanidades en el sistema educativo que emprendieron los ateneístas a comienzos del siglo pasado.

LAS HUMANIDADES EN NUESTRO SISTEMA EDUCATIVO ACTUAL: REFLEXIONES

Conclusiones

A la luz de esas enseñanzas debemos ahora reflexionar sobre el lugar que ocupan las humanidades en nuestro sistema educativo, sobre todo en el nivel medio superior, que es la antesala para la elección de una carrera profesional. La idea que el estudio de la literatura y otras áreas humanísticas carece de carácter científico, las ha relegado a un plano secundario. Al parecer, priva aún en nuestro sistema educativo una visión tecnócrata y científicista, que –como en la época positivista porfiriana a la que se enfrentaron los ateneístas– concibe el estudio de la literatura, del arte, de la filosofía, de la historia, como actividades de ocio, que no suponen investigaciones serias, de calidad científica, que aportan saberes trascendentales para el progreso de la sociedad. Cabría preguntarse ¿puede jactarse de progresista una sociedad que no sabe equilibrar el

desarrollo tecnológico con una mejora de las condiciones humanas, en amplio sentido?

En 2008, la SEP inició la Reforma Integral de la Educación Media Superior (RIEMS) a través de dos acuerdos (442 y 444) publicados en el *Diario Oficial de la Federación* (DOF). En ese momento se acusó que dicha propuesta tenía en su *currículum oculto* el interés político y social, de

poner en práctica una reforma educativa tecnocrática y eficientista basada en el método de competencias y eliminar, en lo posible, la función propedéutica que tenía la preparatoria para convertirla prácticamente en el último grado de educación de los mexicanos (Vargas Lozano, 2010).

Esta crítica se sustentaba, sobre todo, en que los artífices de esa primera versión de la RIEMS no contemplaban en el marco curricular común propuesto, el área de humanidades ni las asignaturas filosóficas como obligatorias. Es decir, el marco curricular inicial estaba formado por cuatro áreas disciplinares: matemáticas, ciencias experimentales, ciencias sociales (donde se ubicó la historia) y comunicación (donde se colocó la literatura).

Con la filosofía y otras asignaturas de humanidades fuera, la propuesta educativa en esa primera versión, se parecía más a un proyecto de instrucción para el mercado de trabajo, que a una apuesta por una educación integral. Es decir, parecíamos regresar al espíritu de la educación positivista porfiriana, mal entendida, a la cual se opusieron los ateneístas. Ante ese panorama desastroso, las asociaciones de filosofía del país (como el Observatorio Filosófico Mexicano), con el apoyo de la comunidad científica y cultural, hicieron notar a las autoridades educativas el gran desatino que significaba el suprimir la filosofía y las humanidades del currículum. Por fortuna, se retractaron de esa intención y firmaron el acuerdo 488, publicado en el DOF el 23 de junio de 2009, en el que se restablece el área de humanidades, y se consideran la lógica, ética, estética e introducción a la filosofía como disciplinas obligatorias.

La formación técnica no está reñida con una buena formación humanística. El progreso tecnológico implica la reflexión filosófica sobre

su pertinencia ética para la sociedad humana; la filosofía conduce a la autocrítica de nuestros valores culturales, un ejercicio que es indispensable para el progreso. En las circunstancias actuales, de un mundo globalizado, y de un país afectado de manera grave por problemas sociales y políticos (drogas, narcotráfico, corrupción, pobreza, desigualdad), que afectan principalmente a los jóvenes, resulta aún más necesario el fortalecimiento del estudio de las asignaturas de humanidades, para fomentar un pensamiento crítico, reflexivo, ético, autocrítico. El ideal de una educación integral, inclusiva, que reconoce la diversidad, propuesto por la RIEMS, sólo puede lograrse a través de un programa curricular que involucre una formación humanista.

En el Modelo Educativo (ME) 2018 se respetó, aunque con adecuaciones, el acuerdo de mantener e incluir algunas materias de humanidades como obligatorias. En la propuesta curricular de los bachilleratos tecnológicos encontramos como obligatoria, en el sexto semestre, la asignatura Temas de filosofía, y la opción de elegir dos materias propedéuticas que pueden ser del campo disciplinar Humanidades y Ciencias Sociales, compuesto por: Temas de ciencias sociales, Literatura e Historia. En la propuesta curricular para los Bachilleratos Generales (ME 2018) también se advierte una mayor inclusión de las humanidades, con asignaturas obligatorias como Ética y valores, Historia de México, Historia universal contemporánea, Filosofía, Literatura.

Esta Propuesta curricular para la educación obligatoria se justifica en una visión integral de la educación, que permite que “el estudiante reconozca y enjuicie la perspectiva con la que entiende y contextualiza su conocimiento del ser humano y del mundo” (2016, p. 326). Las competencias que desarrolla el campo disciplinar de las humanidades en educación media superior pretenden “aportar mecanismos para explorar elementos nuevos y antiguos, que influyen en la imagen [que el alumno] tenga del mundo. Asimismo, contribuye a reconocer formas de vida y convivencia que sean armónicas, responsables y justas” (p. 326).

Una educación integral involucra un diálogo armónico entre las humanidades y las ciencias. En el *Plan de diez años para desarrollar el Sistema Educativo Nacional* (2012) realizado por la Universidad Nacional

Autónoma de México, se plantea la centralidad de articular en el sistema educativo las humanidades con la ciencias, el desarrollo tecnológico y la innovación; se destacan los beneficios al desarrollo integral humano, social, que implica una buena enseñanza de las humanidades:

facilita la difusión del conocimiento y el orgullo por las creaciones nacionales, así como el fomento de valores que incrementan el desarrollo integral de la persona, el hábito de la lectura y de la escritura, el conocimiento del medio geográfico nacional, la historia, la educación ética y la filosofía, entre otras disciplinas, contribuyen a la formación de ciudadanos críticos e informados que colaboran en el fortalecimiento de la identidad nacional y promueven la ubicación del ser humano en un contexto universal (Arámburo de la Hoz, *et al.*, 2012, p. 246).

El mal llamado Nuevo Modelo Educativo (NME) en su propuesta curricular del 2018, introdujo como innovación en el *perfil de egreso* de los estudiantes de educación media superior, el desarrollo de *habilidades socioemocionales*. Este énfasis en el necesario fortalecimiento en el estudiante de capacidades y habilidades que se relacionan con aspectos emocionales, consustanciales a lo humano, renueva de algún modo el interés en la enseñanza de las humanidades, que fue parte fundamental de la visión educativa de Vasconcelos, como se ha expuesto.

En el marco curricular del Modelo Educativo 2018 las habilidades socioemocionales se definen como:

comportamientos, actitudes y rasgos de la personalidad que contribuyen al desarrollo de una persona. Con ellas los alumnos pueden: conocerse y comprenderse a sí mismos, cultivar la atención, tener sentido de autoeficacia y confianza en las capacidades personales, entender y regular sus emociones, establecer y alcanzar metas positivas, sentir y mostrar empatía hacia los demás, establecer y mantener relaciones positivas, establecer relaciones interpersonales armónicas, tomar decisiones responsables y desarrollar sentido de comunidad (SEP, p. 2018).

Se estipula también que todos los docentes, sin importar su perfil académico, deben dedicar un espacio en sus planeaciones de clase a realizar actividades enfocadas al desarrollo de dichas habilidades socioemocionales en sus alumnos. De esta manera también se pretende acentuar el sentido de transversalidad que es eje en el plan educativo. El problema es que esta disposición implica que todo profesor, incluso los especializados en ciencias más duras, como matemáticas o física, fortalezcan su visión humanista sobre la educación, más aún que desarrollen ellos mismos habilidades relacionadas con el campo humanístico: pensamiento crítico, ético, filosófico, que reflexionen sobre temas de raigambre humanista como la identidad o la comunicación humana y social. Pero no existe, hasta hoy, un programa verdaderamente eficiente que capacite a esos docentes para dotarlos o consolidar su perspectiva humanista respecto de la educación o la pedagogía.

Es urgente, por lo tanto, el fortalecimiento de la enseñanza de las humanidades en el sistema educativo, y la capacitación de todos los docentes en campos humanísticos, para que se puedan cumplir los ideales perfilados en el NME.

Las humanidades son prioritarias para formar a los alumnos como ciudadanos sensibles, emocionalmente sanos, informados y críticos, conscientes de su identidad y de su contexto geográfico, cultural e histórico. Bien enseñadas, propician una mente libre, creativa, dispuesta a debatir y dialogar racionalmente sobre los problemas sociales, y refuerzan nuestro sentido de identidad, la reflexión sobre nuestro *ser en el mundo* –como tradujo José Gaos el famoso *Dasein* acuñado por el filósofo Heidegger–. Sólo mediante una excelente enseñanza de las humanidades, en equilibrio con la educación científica, se puede proporcionar a las nuevas generaciones sólidas armas culturales, históricas, lingüísticas para poder enfrentar este mundo extraordinariamente conflictivo en el que nos tocó vivir.

REFERENCIAS

- Curiel, F. (1999). *La revuelta*. México: UNAM.
- Henríquez Ureña, P. (1925). La Revolución y la cultura en México. *Revista de Filosofía (Cultura-Ciencias-Educación)*, 1, 30-45.
- Henríquez Ureña, P. (1930). La cultura de las humanidades. Discurso pronunciado en la inauguración de los cursos de 1914 en la Escuela Nacional de Altos Estudios. *Revista de Ciencias Sociales*, 1 (4), 65-89.
- Hernández Luna, J. (1962). Prólogo a *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México: UNAM.
- Guzmán, M. L. (1920). A orillas del Hudson. En *Ensayos y poemas. Crítica-política-varia* (pp. 40-56). México: Editorial de Andrés Botas e Hijo.
- Krauze, E. (1999). *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México: Tusquets.
- Mendoza Palacios, R. (2006). Investigación cualitativa y cuantitativa. Diferencias y limitaciones. Piura, Perú. Recuperado de <http://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/31340456>, el 2 de junio.
- Monsiváis, C. (1994). Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx. Historia general de México. tomo II. México: Colmex.
- Nervo, A. (1978). *Incoherencias. Místicas. Obras Completas*. t. II. Madrid, España: Aguilar.
- SEP. (2016). Los fines de la educación en el siglo XXI. Recuperado de http://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/114503/Los_Fines_de_la_Educacion_en_el_Siglo_XXI.PDF, el 25 de junio de 2018.
- SEP. (2016). Propuesta curricular para la educación obligatoria. Recuperado de <https://www.gob.mx/cms/uploads/docs/Propuesta-Curricular-baja.pdf>
- Sierra Méndez J. (1948). *Obras Completas. Crítica y artículos literarios*. México: UNAM.
- Valdés H. (1987). Estudio Introductorio. *Revista Moderna*. Ed. Facsimilar. t. I. México: Colnal.
- Vargas Lozano, G. (29 de junio de 2010). La SEP y la eliminación de las humanidades. *La Jornada*. Recuperado de <http://www.jornada.com.mx/2010/06/29/opinion/022a2pol>, el 26 de junio de 2018.

- Vasconcelos J. (1962). El Movimiento Intelectual Contemporáneo de México. En J. Hernández (ed.), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México: UNAM.
- Zaid G. (1991). López Velarde ateneísta. *Vuelta*, 179, 15-27.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Esteban Moctezuma Barragán *Secretario de Educación Pública*
Francisco Luciano Concheiro Bórquez *Subsecretario de Educación Superior*

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Rosa María Torres Hernández *Rectora*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaria Académica*
Karla Ramírez Cruz *Secretaria Administrativa*
Rosenda Ruiz Figueroa *Directora de Biblioteca y Apoyo Académico*
Abril Boliver Jiménez *Directora de Difusión y Extensión Universitaria*
Juan Martín Martínez Becerra *Director de Planeación*
Yolanda López Contreras *Directora de Unidades UPN*
Yiseth Osorio Osorio *Directora de Servicios Jurídicos*
Silvia Adriana Tapia Covarrubias *Directora de Comunicación Social*

COORDINADORES DE ÁREA ACADÉMICA

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*
Amalia Nivón Bolán *Diversidad e Interculturalidad*
Pedro Bollás García *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
Leticia Suárez Gómez *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Iván Rodolfo Escalante Herrera *Teoría Pedagógica y Formación Docente*
Rosalía Menéndez Martínez *Posgrado*
Rosa María Castillo del Carmen *Centro de Enseñanza y Aprendizaje de Lenguas*

Subdirector de Fomento Editorial *Guillermo Torales Caballero*
Corrección de estilo y cuidado de la edición *Priscila Saucedo García*
Formación *Rita Yolanda Sánchez Saldaña, Angélica Fabiola Franco González*
Diseño de portada *Margarita Morales Sánchez*

Esta primera edición de **EDUCACIÓN Y CULTURA HUMANISTA, DEL ATENEO MEXICANO A NUESTRO SISTEMA EDUCATIVO** estuvo a cargo de la Subdirección de Fomento Editorial, de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional, y se publicó en enero de 2021.